

# LOS MADRILES

Director: Angel Pons.

Revista semanal.

Oficinas: San Bernardo, 106, pral. izq.

## MORDISCOS



—Yo he dicho á todos que me mordió un cangrejo, pero se me antoja que el cangrejo era Arturito.

# PLÁTICAS

Ha llegado la hora del desfile: el sol cae implacablemente sobre Madrid, convirtiéndose en hornos sus calles. Disfrutamos de esa temperatura caliginosa que recuerda el África; bien que otras muchas cosas la recuerdan también. La atmósfera pesada, el aire abrasador, nos pone á todos fatigosos y la galbana se apodera de nuestros cuerpos como si fuéramos Sagastas y nos diesen el poder.

Los ricos consideran insostenible su situación y apelan á la fuga; los vanidosos imitan á los ricos y todos los días salen de la corte los trenes cargados de emigrantes que corren en busca de aire puro y brisas frescas.

Aquí se quedan únicamente los pelagatos.... ¿Quién no se permite el lujo de viajar en estos tiempos? De la estación del Norte salen miles de maletas, y á pesar de todo, siguen estando intransitables las aceras que circundan al café Imperial.

Felices los que escapan; bienaventurados porque de ellos no será el reino de estos infiernos en que nos abrasamos. Y sin embargo, no hay manera de evitarlo. Es preciso soportar á pie firme el fuego del cielo, distrayendo dulcemente la imaginación con el recuerdo de la época de las castañas y los buñuelos; esas dos sublimes instituciones nacionales.

Si las frases usadas fuesen de recibo, diría que Madrid es un volcán.

Pero tate; no hay que hablar de volcanes, no vaya el diablo á hacer que tomen la metáfora por donde más quema y me denuncien.

Y á pesar de todo, en los actuales días está uno satisfecho por vivir en la capital de España. Al cabo consuela ver que todavía nos quedan entusiasmos; es lo único que tenemos, pero algo es algo y menos es nada.

Madrid, el pueblo trasnochador, ha madrugado. Las gentes que se despezezan ordinariamente á las once de la mañana, en una se levantaron á las cinco. Fué un espectáculo curioso, imponente, conmovedor, el de aquella multitud, ávida de saludar á Peral, el insigne marino, que como diría Castelar, ni siquiera ha sido ministro.

¡Pero buena la ha hecho Peral! ¡Ape-

nas si el hombre gasta lujos! Tiene iniciativa, genio, amor al trabajo.... lo suficiente para propereionarse muchos enemigos. Lo victorea el pueblo. ¡Bah, el populacho! como suelen exclamar algunas gentes de orden. El populacho no tiene más que buena fe y creencias.



Es decir, lo que más estorba. Lo preciso en el mundo es paciencia y mala intención. ¿Quién se mete á inventar cosas? Nadie, las gentes de poco más ó menos. En cambio, qué sabiduría la de esos caballeros que sin hacer ni pensar absolutamente nada, crecen y tocan las nubes, se hacen famosos y hasta pueden tener su correspondiente estatua.

Por supuesto, que como dijo Caria, el insigne marino corre el peligro de

morir á fuerza de obsequios. Le acechan, le persiguen, investigan todos sus actos. No le dejan solo ni un minuto.

Peral, que se ha sumergido en el fondo de los mares, de seguro que ahora estando en seco se marea. Por de pronto, para premiar su incomparable obra, le han quitado la tranquilidad. Luego le quitarán á tiras el pellejo los omniscientes. De modo que en medio de todo los seres vulgares nos consolamos de nuestra pequeñez viendo lo que les ocurre á los hombres extraordinarios y sublimes.

Pero hablando de Peral y del recibimiento que en la corte se le ha hecho, es oportuno acordarse del más genuino de los madrileños: del simpático Ducazcal.

Un hombre que no siente la envidia y que ha nacido para alabar á los demás, es prodigioso aquí donde tantos se entristecen con el bien ajeno y se pasan la vida echando pestes del género humano.

Si Ducazcal emplease toda la energía que ha desplegado en beneficio de otros para el suyo únicamente á estas horas sería lo menos archipámpano. Pero él es así, ¡goza con la gloria ajena! ¡Qué hombre tan incomprensible para esos que aspiran á estar siempre en la taquilla del teatro de la fama sólo con el objeto de colocar el anuncio de «No hay billetes.»

Los caballeros discuten en medio de la calle acerca del torpedero submarino:

—Eso es una filfa. ¿Va el barco hasta Manila por debajo del agua? ¿Han hecho un plano completo del fondo del mar? Pues hasta que descubra todo eso no creo en el invento.

—Pero hombre de Dios, ¿usted no se satisface con lo realizado? ¿Usted sería capaz de otro tanto?

—Es que yo no soy Peral.

—Convenidos, usted es Camuso.

J. FRANCO RODRIGUEZ.



# PACOTILLA

Ya se empieza á animar el Sardinero con los indigenas y con los de fuera, que van al sitio aquel tan placentero, donde la mar impera, á disfrutar de una fresca grata que resulta barata.



Un deber filantrópico me obliga á indicar al bañista primerizo que viene aquí á mojarse la barriga con el fin de ponerse más rollizo, ó á fin de ver si á fuerza de abluciones logra que no le salgan sabañones, la manera mejor de no aburrirse y poder divertirse.

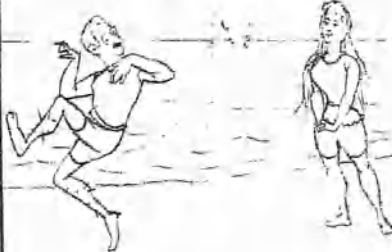


Levántese á las seis de la mañana y encámíñese al baño sin enojo, por ser la hora más sana de echarse uno en remojo;



pero procure, si á la misma hora se mete cerca de él una señora de regular figura, que llame la atención por su hermosura, cerrar los ojos al tomar el baño ó volver á otra parte las facciones, porque el baño hace daño mezclándolo con ciertas emociones; y el que por vez primera en las orillas del mar ve á una hermosa mostrando las torneadas pantorrillas,

que oculta pudorosa en todas partes, menos en la playa, si antes no se lo advierten, se desmaya,



pudiendo ser más grave el accidente si la tela del traje es trasparente!



Después del baño y luego que se vista vuelva á casa el bañista chorreándole el agua por los pelos á tomar chocolate con buñuelos.



Salga después á contemplar absorto del bello Sardinero los encantos y deténgase un rato nada corto viendo la Sombrerera de don Santos, cuyo mérito estriba mayormente, además de sus bellas proporciones, en que será admirada por la gente de cien generaciones, pues se hundirán palacios opulentos, jardines á la inglesa, obeliscos, estatuas, monumentos, y ella subsistirá tiesa que tiesa!

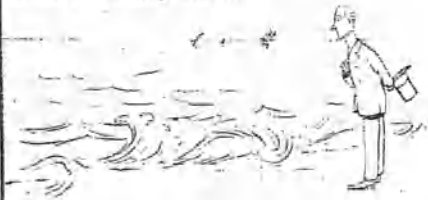


Luego el bañista debe encaminar sus pasos á la fonda con paraguas (si llueve) para comer allí en mesa redonda;

y como nunca falta, por fortuna, en las fondas alguna



huésped, que también viene á bañarse ó sólo á refrescarse, ya tiene distracción el forastero, si no es un majadero,



ó algun desventurado de esos mirtos que no traen para gastos imprevistos!

El que se encuentre en este caso, vaya por la tarde á la playa y distraerá su espíritu doliente, aunque dinero no haya, viendo gratuitamente



aquel gran movimiento á la orilla del líquido elemento.

De sorpresa en sorpresa caminará de fijo, contemplando ya á la señora obesa que al agua se dirige desplazando con cada pie, mayor que una valiza, dos mil metros de arena movediza y que, al andar, parece una tinaja con sombrero de paja;

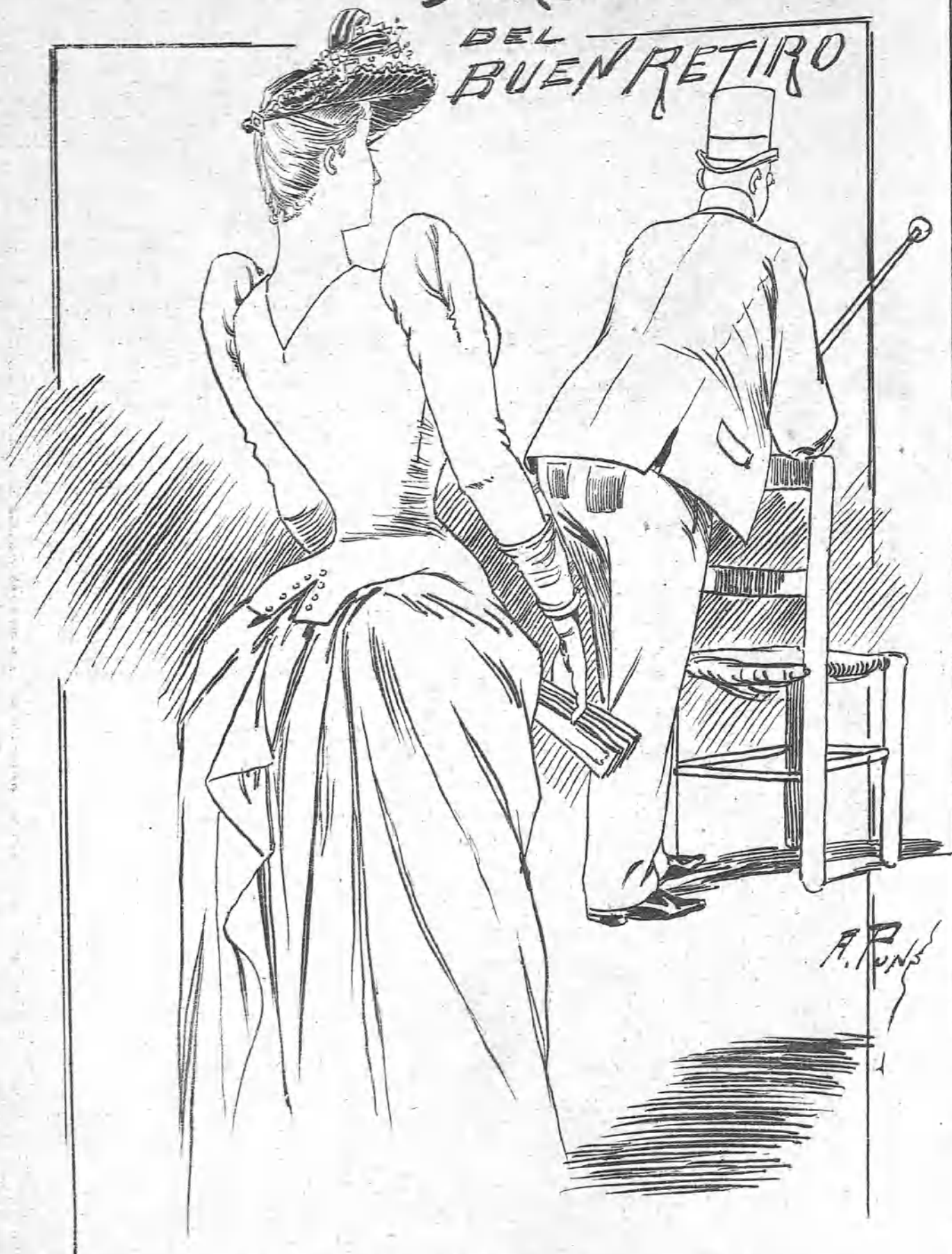


ya una joven que, vista en el paseo, con abultado arreo de postizos de clases diferentes encanta por lo mórbida y lo fina, y allí, sin aparatos ni ingredientes parece un esqueleto de sardina;



# JARDINES

## DEL BUEN RETIRO



A. P. R.

—Ahora me explico porqué Carlitos es el primero en entrar y de los últimos en salir.



-¿Casada?—No.—¿Viuda?—No.—¿Soltera entonces?—¡Ay, tampoco!



Las de todas las noches.



Las de los domingos.



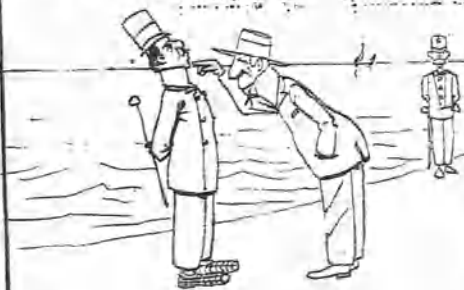
ya un gomoso indigesto que alardea de buen mozo, y altivo se pasea con un traje ajustado, para ser por sus formas admirado, sin ver que las espaldas son hundidas y las patas torcidas;



ya de distinto sexo dos personas que salen á la par de una caseta, ella hermoso modelo de jamonas, y él vigoroso atleta que, para sujetar sin duda el pelo, se cubre la chichi con un pañuelo;



puediendo suceder — ya ha sucedido — que el pañuelo se caiga por descuido, y aparezca del pelo entre lo oscuro un redondel del diámetro de un duro!



Sería interminable hacer la cuenta del número, sin fin, de tipos varios que la playa presenta durante los dos meses balnearios. Pero puede además el forastero gozar de otras alegres emociones allí en el Sardinero, si es que le gustan las conversaciones; pues puede suceder, entre otras muchas cosas muy naturales que un señor con babuchas, paseando un día por los arenales, le hable con confianza y hasta gaste con él alguna chanza,



poniéndose después hasta amarillo de estupor, al saber el gran pelmazo que aquel señor tan franco y tau sencillo con babuchas de orillo era un gran personaje; ¡era Gamazo!



Cuando vaya á su pueblo y lo refiera se asombrará la gente. Va á dar al boticario una dentera!... ¡No lo van á creer cuando lo cuente!



En fin, ya anohecido huya el bañista del mundano ruido,



cene lo que le den, fume un habano,



oiga tocar el piano,



suba á su habitación, haga pitillos,



asómese al balcón en calzoncillos,



al mar escuche un rato cómo brama,



sople la luz y métase en la cama!

JOSÉ ESTRAÑA.

Rojas.

¡A LA MAR!

Con este título escribió un drama el inmortal Pascual y Torres, también de Málaga.

Era un drama de época ó de estación, sin saberlo su autor. Propiedad del género.

En temporada de baños, la obra del ilustre poeta de la *Gualmeina* hubiera sido lo que *Don Juan Tenorio* en principio de Noviembre; un drama de oportunidad, patriótico, puede decirse.

Es la exclamación que repiten en estos días las familias predispuestas al baño.

¡A la mar!

Para las mujeres es pretexto de compras de vestidos y de otras prendas indispensables para la natación, para las giras campestres y para nadar por casa.

Para los chiquitines, la temporada de baños es periodo de libertad y de emancipación de los profesores, cuya gravedad empalaga á los colegiales menores.

Durante el verano pasan los neños sus días en la holganza y en los juegos no prohibidos.

*Ellas* y los pequeños *viven como peces en el agua, tranquilos, felices.*

*Y ellos*, los encargados de subvenir á las necesidades de la familia respectiva, son los mártires de la temporada.

¡Qué oportunidad para los amantes y para los pretendientes á cargos públicos!

Parece que durante el periodo balneario las costumbres varían y los caracteres se dulcifican.

Las pasiones son menos ardientes en el agua.

Las olas que suben y se rompen al chocar, forman velos que ocultan á los chicos á las miradas de las mamás mariscas.

Dejándose llevar por las aguas, se juntan dos amantes y susurran frases de amor.

Pero hay suegras que nadan, flotan y persiguen el contrabando marítimo mejor que guardacostas.

En la playa y en los puntos altos que dominan las aguas, se ve algún solitario que, con gemelos de campo, examina la naturaleza y sus maravillas.

Cuando ve venir un pelotón de cabeceitas de ángel, flotando entre las olas, se estremece.

He visto á algunos de esos observadores arrojar de cabeza al agua, vestidos y calzados, y salir en red, como besugos, gracias á los buenos oficios de algunos marinerós.

El abismo atrae.

Y si en el abismo hay muchachas bonitas en salsa, aún atrae más.

En esta temporada lucen los graciosos balnearios, que son especialistas.

Son los que *ponen* los cotillones cuando hay baile; los que dirigen las expediciones campestres y los paseos en botes, y los que inventan diabluras.

Una noche colocan un pelele en la cama de un militar retirado, que no muere por casualidad; de una fiera que necesita baños, y los toma como

¡ATREVIDO!



—Yo tengo una debilidad por las olas.

—Hola, hola, y qué cosas tan atrevidas dicen este año los jóvenes!

si fuera á tomar un reducto, rabiando.

Otro día finje el gracioso obligatorio que ha recibido un telegrama notificándole que hay tiros en Madrid.

O se oculta en el dormitorio de alguna señora suelta ó cuyo marido no se halla en el balneario.

Otras veces le ponen verde á *bofetás*, que también ocurren percances de este género á los graciosos de verano.

Para el aspirante á funcionario público, encontrarse en la playa ó aunque sea en alta mar, con el ministro del ramo de sus aspiraciones, es poco menos que conseguir el premio mayor de la lotería.

—Señor!...

—¿También aquí?

—Soy un consecuente padre de familia.

—Si, complicado en las *latas*, ya lo sé.

—¿Cómo?

—¿Le parece á usted que me da pocas?

—No se internet tanto vucencia, que puede ahogarse.

—¿A usted qué le importa?

El personaje continúa avanzando en alta mar.

El pretendiente, falto de fuerzas para seguir al otro, se detiene ó regresa á la playa y allí espera la vuelta del personaje.

—Señor—le dice con voz débil en cuanto le ve llegar á tierra—un consecuente padre de familia.

Se ha dado caso de volver con credencial á Madrid.

Y caso de regresar conducido por la Guardia Civil.

En baños se adquieren buenas relaciones.

—Los bañistas *intimidán* unos con otros—según me decía la esposa de un carbonero vecino mío, de regreso de San Sebastián.

—Ya ve usted—añadió—allí hemos vivido nosotros en la misma casa que el señor de Pelelez. ¿Le conocerá usted?

—No tengo ese gusto.

—Hombre, el que estuvo para ser el calde de este barrio.

EDUARDO DE PALACIO.

GLÓBULO.

Conozco á una muchacha repreciosa, que vale, caballeros, cualquiera cosa.

Se vale la chiquilla tantos millones

como dan por seis duros de cañamones.

¡Qué mujer, San Antonio!

¡Si fuera mía!

¡Y si valiera tanto,

Virgen María!

Tan sólo de pensarle

me vuelvo loco,

y si es que no me muero

me falta poco.

¡Ser mía y valer tantos,

tantos millones

como dan, por seis duros,

de cañamones!

¡Qué haría yo con ella?...

¡Ya sé qué haría!

¡La empeñaba! ¡Le mismo

que ahora es de día!

DOCTOR BLAS

LOS MADRILES

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES.

Número corriente, 15 céntos. Atrasado 25.

Madrid y provincias: Un año, 9 ptas.

Seis meses, 5.

Ultramar y Extranjero: Año, 15 ptas.

Se publica los sábados. Pago adelantado.

Se suscribe en la Administración y principales librerías.

Imp. de J. Cruzado, Divino Pastor, 9.

CARICATURAS CONTEMPORÁNEAS



MANUEL MARÍA FABIÉ.  
Ministro de Ultramar.